



ECOS
DE UNA
MELODÍA
OSCURA
ANTOLOGÍA

ECOS
DE UNA
MELODÍA
OSCURA
ANTOLOGÍA



Dirección editorial: Natalia Hatt

Corrección: Nadín Velázquez y Florencia Casella

Ilustraciones interiores: Nessa Simmons y Marta Cuchelo

Diseño de cubierta: H. Kramer y Nadín Velázquez

Diseño de interior: Nadín Velázquez

Autoras: Nadín Velázquez, Nessa Simmons, Natalia Hatt, Carla Angelo, Florencia Casella, Marta Cuchelo, Ann Rodd, Anabel Alvarado, Mila Gómez Mereijo, Nancy A. Cantú, Sophie Valois, S. J. Mendoza, Nina Benedetto y Mhavel Naveda.

Ecos de una melodía oscura / Nadín Velázquez... [et al.];

ilustrado por Nessa Simmons; Marta Cuchelo.- 1a ed.-

Crespo : Vanadis, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-47277-2-5

1. Narrativa Fantástica. 2. Antología de Cuentos. 3. Narrativa Infantil y Juvenil en Español. I. Velázquez, Nadín. II. Nessa Simmons, ilus. III. Marta Cuchelo, ilus.

CDD 863.9283

© 2019 Editorial Vanadis

www.editorialvanadis.com

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por cualquier medio las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la obra sin previa autorización escrita de la editorial.

Distribuido por Bookwire.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Vieytes 1254, Crespo, Entre Ríos. Septiembre de 2019.

Introducción

Ecós de una melodía oscura es el proyecto más antiguo de Editorial Vanadis, el cual se empezó a gestar hace tres años, cuando fundar una editorial era un sueño que no nos atrevíamos a soñar. Todo comenzó un día en que la música me inspiró a organizar un desafío musical titulado Melodías fantásticas. Los concursantes debían escuchar una canción y visualizar su videoclip, para luego plasmar elementos de la letra y el video en una historia de género fantasía que no debía superar las ocho mil palabras.

Busqué distintos autores conocidos de Wattpad que se destacaban en el género y los invité a participar, elegí canciones para asignarles a cada uno de ellos y pedí la asistencia de mi amiga Nadín Velázquez, cofundadora de esta editorial, quien siempre me acompañó en todas mis locuras y no se pudo resistir esta vez tampoco. Formamos dos grupos, cada uno liderado por una de nosotras, los que tendrían, además, la tarea de evaluarse entre sí. Además de escribir, cada concursante debía leer, puntuar y comentar a los autores del otro grupo, al tiempo que competían contra los del suyo.

Algunos abandonaron en el camino, más que nada, los pocos varones que participaron, y al final quedamos catorce autoras. Los ocho primeros relatos son los ganadores de los primeros tres puestos de cada grupo (hubo un empate para el primer lugar del grupo uno y otro para el tercer puesto del grupo dos, por lo que cada uno tuvo cuatro ganadoras) y los seis siguientes fueron las menciones especiales. Todos se destacan de una forma u otra, y reflejan la esencia de la canción que los inspiró.

Tras haber finalizado el desafío, propusimos la publicación de una antología a través de Autopublicarte (proyecto que también lidero). Nessa Simmons y Marta Cuchelo, dos de las autoras ganadoras, se ofrecieron a realizar las ilustraciones de cada relato. Todo esto llevó su tiempo, así que, para cuando el material estuvo listo para ser publicado, Vanadis ya había nacido. No nos cabía duda de que este libro debía ser publicado por nuestra editorial. Estaba destinado a ser así.

Fue de este modo que surgieron estos relatos y sus hermosas ilustraciones. Mientras te embarcas en la lectura, te invito a tener a mano la playlist de Youtube (búscala siguiendo el código QR que se encuentra a continuación) para escuchar y ver el video de la canción que inspira cada cuento. Como verás, la atmósfera de la mayoría ha llevado a que la fantasía oscura predomine. Habrá algunas pinceladas de color aquí y allá, pero el tono siniestro te acompañará durante todo el camino.

¡Que tengas un excelente viaje músico literario!

Natalia Hatt - Editora





KRÄSTYA TRAS LAS ESPINAS DE PIEDRA



Nadín Velázquez

Nadín Velázquez es argentina, nacida en la provincia de Córdoba. Estudia dos carreras universitarias relacionadas con las ciencias de la salud y es correctora en Editorial Vanadis, Autopublicarte y Nova Casa Editorial.

Dentro de Wattpad ha ganado dos Premios Wattys consecutivos y una de sus historias, *Susurro de fuego y sombras*, fue seleccionada para formar parte del programa Historias Pagadas.

Sus historias giran alrededor de dos conceptos: lo que le gustaría leer y lo que considera que es necesario, y sus proyectos principales tienen su hogar en la ficción especulativa (aunque nos llegó el rumor de que se la ha visto escribiendo ficción contemporánea, pero no es capaz de confirmarlo). En sus tiempos libres se dedica a crear listas de reproducción para historias que no escribirá hasta dentro de dos años y preparar el café suficiente para cubrir sus dosis diarias requeridas.

ALMAS DE CENIZA

Sus rostros son rocas frías que abren grietas a la luz. Se fusionan como la mezcla de partículas muertas de algún volcán. Se separan. Se mezclan otra vez. Respiran el humo áspero que nace con cada colisión de sus cuerpos.

Llenan la noche con sus restos. Están ahí, eternos y anclados. Presos de ellos mismos.

Son todo. *Ellos* son todo. Sus ojos son los ojos del tiempo y lo que sus manos tocan se convierte en vida. Han creado todo lo que se conoce.

Forman un círculo alrededor de una miniatura. La roca mayor, rígida, toma la palabra.

—Hemos escogido esta vida para ti.

Hay un coro. Las voces caen en un derrumbe de tonalidades que espesa el humo alrededor. Potentes y firmes, se trenzan en una melodía terrorífica. ¿Cómo no pueden ver que anuncian el final? ¿Cómo no oyen que de su canto se desprende una catástrofe?

Hablan de un nacimiento. Una hija más de la piedra. Un cuerpo más que será consumido por el fuego si los humanos descubren su naturaleza.

Un alma de ceniza más en el mundo.

La figura se mece con la música; el humo viciado se abre camino hacia sus poros. Penetra su piel. La apaga.

Tan pequeña, tan gris. Tan rígida su piel y tan blando su cuerpo.

—Renacerás cuando pase la fiebre.

Una nueva vida. ¿Cuántos habrán encontrado esta oportunidad en su lecho de muerte?

Los ojos se concentran en la imagen. Tantos pares, tantos... ¿Quién podría contar las miradas que se funden y se separan en un flujo constante?

Lava. Son lava de piedra que muta y crea. Se recrean. Dan vida.

Miran hacia abajo, a la figura, pero el sueño se vuelve memoria y allí están los ojos que esperaban el momento adecuado.

Parpadean.

Ya no hay dudas ni terceros.

El sueño de repente es real. Y las almas de ceniza te miran a ti.

PÉTALOS DE SANGRE

Las crines de Alusse se escapan de tus dedos grises. La piel, rígida por el frío, apenas puede sostenerte. El viento arrastra la nieve alrededor y ves a lo lejos una posada. Mitad blanca y mitad de madera, promete ser el único refugio para sobrevivir a la noche. Animas a tu compañera con una voz que oscila entre la firmeza y el temor. Dejas que te lleve.

Estás a la deriva y lejos de tu hogar, al otro lado del reino con la yegua blanca que sacaste a escondidas del establo antes de partir. Tu yegua blanca. La que tu hermano te obsequió a los trece y que por eso es la más adecuada para encontrarlo, la única capaz de dar con él. Tu único seguro para no llegar demasiado tarde.

El cuerpo responde a una gelidez que no sientes. Tiembles, sin notarlo más que en la torpeza de las manos y los pies, como si la piel no te perteneciera y cargaras con un tejido ajeno y palpitante sobre el tuyo.

Pero tu corazón late —lento, al ritmo al que la nieve llora sobre las montañas— y vive. Después de casi haberlo perdido, aún vive.

La distancia se acorta. La puerta de madera te invita, augura sopa caliente y leños crepitantes en su interior. A pocos metros oyes el canto. Es apenas un zumbido, una perturbación en el aire opacada por la nieve que sacudes de tu rostro. No reconoces la melodía. El piano llega segundos después. Distingues las voces femeninas antes de que tu mano, rígida y firme, calle todo sonido con tres golpes en la madera.

Alusse es llevada con otros caballos mientras te invitan a pasar.

Estás dentro.

El calor del fuego golpea y te sofoca. Sacudes el abrigo para que la nieve caiga y no se derrita sobre ti. Todos se han detenido y están mirándote porque has interrumpido la rutina; sus ojos se esfuerzan por descifrar a la figura cubierta que mantiene la mirada en el suelo. Avanzas sin levantar demasiado la cabeza. Te ciñes a tu coartada.

La crees.

Al fondo, cerca de la esquina, hay un hombre con tres botellas vacías en la mesa. Asumes que le pertenecen, que tu deber es acercarte a él porque podría no reconocerte y hablar de más. Huele a ron y en su boca faltan dos dientes que le cuelgan de la oreja izquierda. Sabes que son suyos: el valor de un hombre reside en que conserve sus dientes, sin importar dónde los guarde. Se presenta como Edgiön y te invita un trago que no rechazas.

La nieve tiñe el exterior, su camuflaje te protegería del peligro que corres aquí. A pesar de que añoras la seguridad de tu hogar, sabes que nadie puede estar en tus botas. Solo tú puedes viajar con este invierno.

Te crearon para sobrevivir. Alargaron tu vida para que inmortalizaras, para que tu alma de ceniza fuera eterna.

Solo conservas tu nombre. Una estela de humanidad en un cuerpo capaz de derrumbarse y convertirse en polvo. De *desaparecer*.

Las luces no cubren la extensión de la sala donde más de treinta cabezas se mecen entre el sueño y el alcohol. Poco a poco dejas de parecer interesante. Algunos ojos se alejan de tu capa blanca, aburridos y cansados.

Edgiön te acerca un vaso de metal y es ahora cuando te arrepientes de no haberlo rechazado. ¿Qué pasaría si una de tus manos se escapara de la tela? ¿Podrías no aceptar el trago y seguir pareciendo confiable? Y la bebida... Quizá sea algo más que una bebida de cordialidad.

Los guantes. ¿Por qué se los diste antes de partir? ¿Por qué tu hermano los aceptó en lugar de pedirle unos nuevos a su padre? ¿Por qué ahora te arrepientes de aquel último regalo?

Su mirada apremia. Vacilante, como si no te viera en realidad, busca una reacción.

Busca que aceptes.

El brazo extendido atrae a cada instante más miradas. Le estás faltando el respeto.

Su expresión ruge. Le tiemblan los dedos por la rigidez. Los tuyos continúan escondidos bajo la capa.

Edgiön se incorpora tambaleante y señala con el meñique, enfadado.

—¡Qué vergüenza que tenga que soportar algo...! ¡Esto! —Pierde el equilibrio. Está a punto de caer—. ¡Estoy mejor solo! ¡Solo antes que maldito otra vez!

Arroja el vaso al suelo y la bebida aglutina la tierra suelta. Puedes verla, no te atreves a mirar más allá del

borde del banco mientras Edgiön se dirige errante hacia la salida. Lo perdiste. Se escapó antes de que pudieras preguntarle por las desapariciones y saboreas el fracaso con desilusión.

—No te preocupes por él —susurra una voz delicada junto a tu hombro. El acento del norte te parece tan dulce—. No tolera compañías como la tuya cuando viene. ¿Café?

Niegas con un movimiento breve. Lo que necesitas es información. Saber dónde estás, dónde está él, qué pasa con los que se alistan en las filas de rescate y nunca regresan.

El invierno es una amenaza. Las tormentas han cortado el paso y solo tu resistencia al frío logró que llegaras en una pieza. Y los cascos de piedra de Alusse. Pero si no lo encuentras, si llegas a casa con la noticia de que *de verdad* ya no está, tu destino será el de todo hijo de la piedra: arder para alejar la desgracia.

—Puedes ir a un cuarto a tomarlo. Nadie tiene que verte.

Los músculos bajo tu piel también viven. Y vibran. ¿Cuánto sabe esa mesera?

—Te quebrarán los dedos cuando te vean sin anillo —continúa—. Edgiön no es el único que fue maldecido. Tengo un cuarto libre para que tomes un café y te calientes un poco. ¿Quieres verlo?

Si alguien hiciera corresponder tu piel grisácea a las leyendas, no saldrías con vida del lugar. Si decidiera mirar por debajo del color y de las botas robadas, descubriría a una mujer. Y podrías vivir, porque ninguno de ellos se atrevería a matarte, pero no saldrías jamás. No si te rodean almas malditas que desarrollaron pavor ante la que viaja sola a causa de un hechizo deshecho, y bien sabías que era un riesgo desde el momento en que partiste. Salir de la magia es a veces peor que entrar en ella: los demonios no dejan de estar encadenados a tus pies.

Tu nombre acabaría pintado con savia en el letrero del ritual, rodeado por las llamas que comerían lo vivo en ti. Savia de sauce fino. Un chisporroteo que se traga las hojas, el líquido que gotea. ¿Puedes olerlo? Es amargo y te mantendrá despierta toda la madrugada, lo que ellas demoran en alimentar la pira. *Ellas*. Una bruja solo puede morir a manos de otra mujer.

Asientes y la sigues. La madera cruje bajo las pisadas, y a tus espaldas el bar vuelve a adquirir sonido y color. Las voces lo pintan a medida que te alejas, como si arrastraras el silencio contigo.

—¿De dónde vienes? —pregunta la joven, servicial, mientras tiende una taza humeante hacia ti—. No le temo a los colores de la muerte —agrega ante tu negativa.

Aceptas el café. Tu piel brilla, húmeda; la nieve se derritió sobre ella. La mujer detiene la mirada en el gris perlado de tus dedos.

No respondes.

—¿Qué te trae a mi refugio? —insiste—. Conozco a cada aldeano de los alrededores y tú vienes de mucho más allá.

Su curiosidad es sana. Complaciente, amable.

Decides hablar con la verdad.

—Perdí a mi hermano. Acudió al llamado del rey y lo único que sabemos es que terminó aquí. Vine a buscarlo.

Su rostro refleja una pena tan profunda que temes caer por su ladera y acabar perdida. Sabes que ha visto cosas, que no eres la primera en sufrir frente a ella. El dolor la envuelve, como a ti.

—¿Ha venido por Krästya?

—¿Quién es Krästya?

—La que encerraron por su propio bien —susurra—. La que atrae hombres para alimentarse de sus cabellos y les arranca las uñas para disfrazarse de niñas perdidas y así llamarlos uno tras otro por un rescate falso. La *bruja*.

Hay precaución en su voz, un tinte de peligro resbala por sus labios. Rojo, espeso, premonitorio. Se desliza en el aire hacia ti, atrayéndote.

—¿Dónde está?

El pánico brota en su mirada. Da un paso atrás, hacia la puerta.

—No puedo llevarte con ella. Nadie sabe dónde está. —Se detiene a cerrar la puerta, no sin antes asegurarse de que nadie pueda oír—. Pero hay algo... Hay un hombre que lleva meses sin salir de un refugio. Dicen que lo han hechizado... de nuevo. Él podría saber cómo encontrarla.

—¿Por qué lo sabría?

—Porque él ha sufrido su magia.

El tiempo se detiene en el silencio que las rodea. Deseas irte, regresar a la nieve solitaria y enfrentarte a lo

que sea necesario para estar de nuevo en tu hogar.

Dudas. La inmensidad del camino te sofoca.

—¿Podrás acompañarme?

Asintió.

—Puedo guiarte por si encuentras a más como Edgiön, pero es lo más lejos que llegaré. —Deja caer un suspiro pesado y revisa la puerta una vez más—. Pocos de los que vienen aquí no han tenido malas experiencias con brujas. Esas historias de los guerreros que no vuelven a casa... La gente tiene miedo. *Yo* lo tengo. Acompañarte es lo único que haré para que puedas llegar a tu hermano, pero es más de lo que pude hacer por mi pueblo durante toda mi vida.

La verdad llora con sus ojos, y le crees porque lo has visto. La locura es amiga íntima de la magia y juntas caminan por el sendero de la perdición.

En el camino escuchas que la mujer que te acompaña se llama Sailò, que el norte del reino ha cedido bajo la presión de la magia y que las divinidades se han aislado en el sur y ya no atienden las súplicas. Quieres decir que no es cierto, que los rostros de piedra despiertan solo cuando un destino merece ser salvado y que habían estado siglos sin abrir los ojos antes de que tu madre les llevara tu cuerpo, pero no puedes. Sabes que hablar de las almas de ceniza endurecerá tu piel, invocarás el poder que dejaron al salvarte y nunca has llegado a tanto, no puedes anticipar lo que ocurrirá. Tu zona segura es el silencio.

Durante el trayecto, evita hablar de tu naturaleza, excepto para preguntarte si de verdad sientes tan poco el frío como aparentas. La miras con compasión mientras tiritas bajo sus abrigos, sin darle respuesta alguna. Ella continúa mostrándote la zona.

Hay dementes en cada pueblo. Sailò asegura que todos fueron hechizados y rompieron su parte del acuerdo o ganaron el rencor de una bruja de alguna manera. Nunca has oído sobre los niños esclavos, los varones nacidos de la magia que por no ser niñas fueron incapaces de canalizar el poder. Son criaturas que no hablan, parecen no ver, escuchan solo a quienes los compran. Sus ojos son blancos, sin vestigio de un alma que los habite.

—También se los vende por partes.

—¿Por partes?

—No toleran bien el frío, muchos mueren antes de cumplir los diez. Las brujas casi siempre tienen hijos varones, nunca conocí a una con una hija. Es lo natural, la magia no debe servir al impulso irresponsable de un humano, les pertenece a *ellos*.

A los creadores.

—¿Y está permitido?

—¿Por qué estaría prohibido vender magia que de otra forma no va a usarse? Esos cuerpos están por todas partes, mantenerlos con vida le costaría al reino más de lo que se puede permitir. Lo intentamos algunas veces, pero nunca llegan a adultos. Los hombres hijos de brujas no existen.

—¿Y las mujeres?

—Son brujas. Por eso cada vez nacen menos: es un error que la naturaleza corrige de a poco. Si la primera que robó la roca a los seres de piedra no hubiera tenido hijos, no estaríamos teniendo este problema. El castigo toma tiempo.

No respondes, no puedes hacerlo. Aunque ella no sabe que te has prohibido hablar de los supremos y que mantendrás tu palabra hasta el final, interpreta el silencio y se calla también.

Llegan a un establo deteriorado después de caminar durante casi media hora. Un joven pálido y bajo las invita a pasar.

Sailò toma la palabra.

—Venimos a ver a Angür.

—¿Vienen de parte del general? ¿Aceptó el pedido?

—No venimos a acabar con nadie. Queremos hablar con él.

—Está perdido. Lo único que quiere es... morir. Todos lo hacemos... —Su rostro acompaña las palabras que salen de él con una mezcla de repugnancia y temor. Continúa en un susurro, casi una súplica—: Nos asusta. Cualquiera podría estar en su lugar y nos da miedo tenerlo cerca. Cualquiera podría hacer lo mismo que él sin darse cuenta y terminar igual.

—Necesitamos hablar con él. Sabes quién soy, ¿verdad? —El muchacho asiente, apesadumbrado—. ¿Y

sabes que si no me ayudas no te dejaré calentarte cuando estés de paso y no quieras comprar nada?

Tras un breve silencio, asiente y se da la vuelta para guiarlas.

—No lo hemos cambiado desde ayer, espero que no esté en uno de sus malos días.

Explica que la habitación está calefaccionada al máximo porque no pueden tapanlo por el peso de las mantas y ofrece cuidar de los abrigos, lo que rechaza. Dejas que se adelante, aminoras el paso para hablar.

—¿Qué fue lo que hizo? —preguntas a Sailò en voz baja.

—Krästya se vengó de él.

El joven señala la puerta con prudencia y se va en otra dirección, alejándose con prisa del cuarto.

—¿Pero qué hizo para merecerlo?

No responde con rapidez. Espera a estar frente al hombre para decírtelo, aunque de alguna manera ya lo sabes. ¿Quién es hechizado más de una vez y aún vive? Solo alguien que se ha preparado, que ha convivido con la magia. Alguien con cierta resistencia mas no inmunidad.

—Angür es el padre de Krästya. Abandonó a su mujer cuando fue consciente de la magia que usaba en él y ella acabó por suicidarse. Krästya está ciega de venganza desde entonces. Nadie puede atraparla o detenerla; ni siquiera encontrarla. Pero no ha parado de torturarlo hasta dejarlo como lo ves ahora.

Tirado en el piso, con la piel tocándole los huesos, tembloroso, con las piernas y los brazos en ángulos inhumanos. Calvo, con la saliva llegándole hasta una mejilla, los ojos llorosos. La bruja lo ha llevado a consumirse y, a pesar de que respira, no puedes considerarlo vivo.

—Si nadie dio con ella, ¿cómo pueden asegurar que sea la bruja que lo dejó así?

—Porque es la última heredera. Cualquier bruja que encuentres será una sombra del poder de Krästya, su magia desaparecerá tarde o temprano.

—No entiendo. Dijiste que todas las brujas eran herederas de la primera ladrona, que por esa amenaza de la magia impura y robada los dioses se avergonzaron y se refugiaron en el sur.

La punta de tus dedos se endurece por apenas unos segundos. Lo esperabas desde que decidiste mencionar a los seres de piedra.

—Dichosos ustedes que jamás han tenido que preocuparse por brujas. Les temen tanto a los creadores que nunca irían a tus tierras. Nosotros tenemos leyendas, historias que congelan la piel, incluso sobrevivientes. Aprendimos sobre ellas para protegernos, porque no hay dioses que nos escuchen ni piedras que nos protejan.

—Hay gente trastornada y creen que cualquiera puede ser una bruja. Una sola no puede hacer tanto. No puede hechizar a tantas personas, engañar a tantas otras, hacer que crean que hay brujas por doquier y nunca ser encontrada.

—Eso es porque las demás no son brujas *de verdad*.

Sailò se arrodilla frente a Angür. La imitas. Bajas aún más la voz.

—¿Qué son entonces?

—Cuando la primera bruja robó la piedra, fue un trozo puro de creación. Se volvió suyo. El poder estaba en ella. Su descendencia, que acaba en Krästya, tiene la magia real, el don de dar vida. Las demás han sido instruidas, han tocado la piedra cuando ya no era cuerpo. Su magia es limitada, pobre. No son un real peligro para el reino.

—Cuando la piedra ya no era cuerpo —repites.

—Debes saber cómo funciona el cuerpo de los creadores. Tú más que nadie.

Lo sabes. Recuerdas cómo se transforman desde una única masa rocosa que late y fluye, así como tu interior. Sientes la paz de ese movimiento, el desliz silencioso contra la superficie, la energía contenida, poderosa, que se esconde bajo la materia. Y sonrías.

Sailò continúa, ajena a tu emoción.

—La ladrona tocó la roca desde el cuerpo de los dioses. La arrancó con los dedos y tocó la materia viva. Cuando la desprendió, el efecto no fue el mismo. Ella tocó a los creadores, eso le dio el poder. No la piedra, como muchos dicen. Pero es esa roca la que dio el poder a las brujas que existen hoy.

—Excepto a Krästya.

—Excepto a Krästya —coincide—. Ella es la última heredera de ese mal. La única que puede hacer algo como esto.

Regresas los ojos a la figura del suelo y sientes una pena profunda y antigua. *Ellos* ven a través de ti lo que la magia ha hecho. Lo sienten. Acercas una mano a Angür. El hombre emite un lamento que se desvanece en el aire y arrastra la vida que le queda, la obliga a salir y deja el cuerpo vacío. El sonido se prolonga y se trans-

forma, se torna dulce y silencioso, te envuelve.

El cadáver huele a rosas quemadas.

Lo contemplas, buscando el origen del aroma que antes era dolor, y solo encuentras más y más perfume. Una grieta surca tu rostro; tu piel se abre para recibir la esencia rojiza, que baila como pétalos de sangre mecidos por la corriente ante la mirada estupefacta de Sailò.

Penetra.

Se hunde.

Conecta.

La descubres y la identificas. Es un rosal fundiéndose en lava, quemándose en la roca, desintegrándose en tu mejilla. Cuando tus dedos llegan al cuerpo, los ojos de Angür se abren y sus labios articulan una última frase de una manera automática, premeditada, como una nota escondida tras la vida que solo ahora puede salir a la luz.

Una nota para ti.

—Búscala en el pozo que esconde el bosque. Encuéntrala. Sálvala.

Se apaga por fin. Para siempre. Igual que el aroma encapsulado que aguardaba ese instante para llegar a su destino.

Sailò mira hacia la puerta con nerviosismo. Se acerca a tu oído. Le tiembla la voz.

—¿Qué fue eso?

Te ha pedido que salves a su hija. Él vio de lo que es capaz y sabe que el poder puede consumirla. La magia de Krästya escondió un mensaje bajo capas y capas de vida, pero aquellas no eran sus palabras; eran las de su padre. Había temor en ellas y comienzas a dudar de la razón por la que estás buscando a la última heredera de la piedra en lugar de a tu hermano. En especial porque la última heredera de la piedra eres tú.

Tú, la última con el poder otorgado.

Krästya, la última con la magia robada.

¿Cuándo comenzó a tratarse de ti?

De repente, comprendes por qué las almas de ceniza eligieron tu tiempo para dar una respuesta positiva. Por qué tú y no cientos que vinieron antes. Los demás no estaban destinados a llegar tan lejos, a viajar tanto. Por qué tu vida, una que no valía y que se encontraba en los suspiros finales, atrajo su atención. No fuiste salvada, no. Fuiste elegida y reclamada tras unos pocos años que sirvieron de recompensa a tu familia para mitigar tu futura pérdida. Tus párpados inferiores se endurecen y por tu cuello asciende una rigidez que se concentra en tu garganta. Deseas pedir que se detengan, que basta de hacerte esto a ti, que pudiste acceder sin poner en riesgo a tu hermano, pero la angustia que te oprime la garganta vistiéndola de roca acaba por explicar que siempre se trató de ti porque siempre fue sobre ellos, y ellos ahora ven a través de ti.

Ya no te perteneces.

Tu hermano no está.

Tu familia los perdió a los dos.

No puedes responder sobre lo que acaba de ocurrir, pero sí pedir un último favor, casi una orden.

—Llévame al pozo.

Anochece pronto. Alusse carga a Sailò mientras tú caminas a un costado. La tarde se ha robado parte de los colores y el paisaje se siente tan gris y apagado como tú. Dos lunas inmensas las guían en la oscuridad.

—¿Qué significan las lunas en tu región? —pregunta tu acompañante, rompiendo por fin el silencio. Permanece a tu lado a pesar de haberse negado a continuar. Luego de la última amenaza, aquella en la que mencionaste los deseos de los dioses con respecto a tu destino, no pudo hacer más que ensillar la yegua y despedirse, a sabiendas de que ese día solo le traería un profundo tormento.

—Somos del mismo reino —le recuerdas—. No significan algo diferente. Las vemos igual.

—Es cierto que somos del mismo reino, pero el sur fue un estado aislado desde el abandono de los dioses. Ustedes tienen salud, magia pura, población estable.

—Y pobreza. La pobreza de tu estado es un buen nivel de vida en el mío.

—Preferiría ser pobre a vivir entre enfermos, niños que mueren en las calles y brujas que te amenazan para que las protejas.

Haces una pausa para contemplarla y no se parece en nada a la Sailò que te ofreció un café por la mañana.

Está pálida, ansiosa, le tiembla la voz.

—Más temprano dijiste que Krästya se alimentaba de cabellos. ¿Para qué los necesita?

—Algunos dicen que le da poder, pero no lo necesita. La razón es un misterio, pero bien podría ser para esconderse. Es lo único que explica que no la hayan encontrado.

—Si las víctimas desaparecen y ella también, ¿cómo puedes estar tan segura de que es por los cabellos?

—No lo estoy. Pero no todas las víctimas desaparecen. Atrae a muchos hombres, pero más de una vez ha llegado a las aldeas y pueblos. La gente enloquece. Algunos pierden el cabello mientras duermen y no lo vuelven a encontrar. Tampoco les vuelve a crecer. Es un misterio.

Habla rápido, sin la solemnidad que usó horas antes para referirse a la magia de Krästya.

—Suena a algo que cualquier bruja podría hacer —respondes.

—Si sigues hablando de brujería y juzgando grados de poder en voz alta, cualquiera que te escuche sospechará de ti. Y no puedo defender a alguien de piedra, no son bienvenidos.

Tiene miedo. Tú también, en cierta medida. No de lo que podría pasarte, pero sí de lo que harás. El perfume de rosas continúa en tu mente y te impide concentrarte en cómo hallarás a tu hermano o qué harás después de enfrentarte a la bruja.

Las palabras de Sailò aún suenan en tus oídos.

—¿Te han amenazado? ¿Es por eso que sabes tanto?

Un breve silencio. Te culpas por no haber adivinado la magnitud del dolor que percibiste al conocerla.

—Sirvo a vagabundos, viajeros, peones. Los que más fácil caen en un hechizo porque están solos, perdidos o lejos de sus hogares. O abandonados. Son tan débiles que la magia los quiebra. Lugares como el mío atraen a las brujas. Se quedan unos días, se aseguran mi silencio, consiguen lo que sea que estén buscando y se van. Imagina que te pasa. No vives en paz después de eso. Te despiertas y te preguntas si todo lo que ves es real o un sueño terrible, o si te dejaron algún recuerdo para que no las olvides. Oyes historias. Terminan por contarte algunos secretos que no pueden revelar sin darse a conocer, pero como ya sabes lo que son, no eres un peligro. Es curioso cómo todas conocen las verdaderas historias. Nunca se contradicen. Es como una mente compartida, como si recitaran el mismo libro.

Lo entiendes. Lo has vivido a tu manera.

La luz las abandona a medida que se adentran en el bosque. Las ramas negras se vuelven tantas que acaban por formar una red que apenas deja colar algunos haces que las guían. Acaricias el cuello de Alusse, que avanza con desconfianza. También la sientes, como una pieza fuera de lugar.

—¿Alguna vez viste a una bruja?

El silencio es espeso a su alrededor. Solo pueden hablar en susurros.

—No —respondes—. ¿Cómo son?

—Terroríficas. Hermosas, sí, pero terroríficas. Tienen los ojos grises cuando no usan magia, pero se vuelven negros cuando conjuran. Negro y gris. Los colores de la muerte. —Hace una pausa—. Sabes lo que pasará hoy, ¿cierto? —Se seca una lágrima con la manga—. Ella me va a matar. Soy humana, no tengo ningún poder. Él murió y ahora ella me matará.

Te detienes. Alusse se detiene. El tiempo del bosque se detiene alrededor y solo ves a la tabernera llorar lejos de su hogar, lamentando lo que no viste venir.

—Krästya no quería a su padre. ¿Por qué te matará si sabe que murió?

La mujer deja que veas la sonrisa apagada de su rostro. La distingues entre las sombras, con dificultad.

—La historia de Krästya es larga y complicada —confiesa—, no puedo decírtela cuando estamos a metros del pozo.

—¿Estamos en el centro?

Asiente. Desmonta y ata a la yegua al árbol más cercano.

—Estamos en el centro y ella también.

Sin que lo esperes, comienza a cantar. Sus notas son apagadas y monótonas. Habla la lengua de la creación y comprendes lo que dice. Es una canción para despertar.

El mareo aparece antes de que entiendas que la tierra se está moviendo. El viento navega iracundo entre los árboles para llegar hasta el pozo y descubre el suelo bajo tus pies. Notas que estás sobre una zona firme que continúa hasta la entrada, donde comenzaron el trayecto. Lo mismo con Alusse y Sailò. El resto de la superficie está formado por barrotes de piedra.

El suelo del bosque es una jaula.

Dos manos se aferran a tus tobillos y te hacen caer. Ahora es cuando puedes verla. Sus ojos grises se oscurecen con lentitud a la vez que parecen llorar de la emoción. Su cabello, negro y liso, se agita igual de furioso que el viento. Te mira con ilusión, pero ella no es lo que esperabas. La bruja que te toca el rostro no huele a rosas; huele a sangre.

Tu mejilla desprende ceniza ante el tacto. Ceniza que cae y quema la piedra donde la toca, rompiendo la celda. La roca se quiebra en pedazos, sientes en tus huesos la vibración que produce al fragmentarse y sabes que fue un error.

La mujer consigue llegar a la superficie y te ignora para alcanzar a tu acompañante. La tabernera llora con una sonrisa en los labios y asiente en silencio.

—Mi señora...

—Me has liberado, Sailò. ¿Por qué esa tristeza? Mi promesa va a cumplirse: te diré cómo sacar magia de la piedra por haberme liberado de la trampa de Krästya. Serás una bruja más y podrás defenderte de aquellas que te amenazan. ¿Qué causa esas lágrimas?

Cuando responde, su voz es un susurro que apenas alcanzas a oír.

—Todo tiene un precio, señora. Él murió. No pudimos salvarlo. Encontré el poder suficiente para liberarla, pero no pude salvar al señor. —Luego de la confesión, sus palabras son torpes y apresuradas—: Usted no quiso escucharme. Le dije que era demasiado para él, que su fuerza no era muy superior a la de un humano normal. Tanta resistencia forzada no es buena, no sirve. Veo gente hechizada casi a diario, sé hasta dónde llegan sus cuerpos normales. Me encargué de más de cincuenta hijos de brujas, vendí yo misma más de diez. Sé cómo se ve el cuerpo que no resiste más. El señor estaba débil, no podía con tanto...

La mujer alza una mano y Sailò se calla. Una gota roja resbala por el lomo de Alusse. En segundos se ven cubiertas por una lluvia fina que huele a rosas y a sangre, y sabes quién llora con tanta pena para que el cielo refleje su dolor.

—¿De qué sirve que la mantenga con vida si el resultado será para mí? ¿Con quién lo compartiré? ¿Cuánto vale la fuerza de Krästya si nadie la tendrá?

Levantas la cabeza. Bruja y humana no dejan de mirarse, ajenas a tu presencia y a la sangre que moja y perfuma. Te acercas en silencio a Alusse y la desatas. Apoyas una mano en su cuello para transmitirle lo que necesitas de ella.

—Quizá podría... compartirla... conmigo.

La mujer no responde. Extiende un brazo hacia Sailò y gira sus dedos en el aire. Las ramas del árbol más cercano se dirigen hacia ella y alcanzas a ver cómo la primera le atraviesa un hombro. Tu nombre escapa de los labios de la tabernera en una súplica y la bruja gira el rostro hacia ti. Como si supiera lo que eres, corre a tu encuentro, a la vez que el árbol al que estaba atada la yegua se inclina hacia ti formando con sus ramas una reja para apresarte. Montas sin perder un segundo y buscas alejarte de las raíces que ascienden en vertical para cortarte el paso. No llegarás al final del bosque a menos que rompas tu palabra y detengas aquel hechizo.

Las gotas caen sobre tu rostro descubierto. Surcan tus párpados. Su magia te roza. Cedés al pensamiento que lucha por imponerse en tu mente y los evocas. A *ellos*. Sueltas las riendas y, con las palmas hacia arriba, extiendes los brazos al cielo. La piel se endurece ante el recuerdo de tu renacer y un calor denso te invade, se vuelve lava que arde y navega en ti.

El viento arrastra una delgada capa de ceniza que cubre los árboles, el suelo y todo lo que alcanzas a ver. Las raíces dejan de crecer ante la presencia de un poder mayor. Las gotas ya no caen. El perfume impregnado en el bosque es lo único que permanece.

Sailò vuelve a llamarte, se oye débil y apagada. Escuchas el grito de dolor aunque estés regresando con Alusse a toda velocidad. Hace eco en tus oídos mientras te acercas a la seguridad de las lunas, que cuando se alzan a la par auguran una noche próspera para la magia.

Mientras te alejas de los lamentos y del caos que generaste, una voz consigue iluminar tu mente. Angür parece regresar para decirte con una única palabra que él conocía toda la verdad y no supiste dudar cuando debías.

«Sálvala». Pero no de sí misma ni de su poder.

Salva a Krästya de su madre.

ESPINAS DE PIEDRA

Llevas cerca de media hora mirando el techo de madera del establo en el que te escondiste para pasar la noche, sin descubrir cómo continuar. Luego de seguir a un grupo de jinetes que podrían tener la edad de tu hermano y acabar ocultándote cerca de su destino para abordarlos por la mañana, estás en el mismo punto del principio; no sabes cuánto de lo que Sailò te dijo era verdad. Si no es Krästya quien puede llevarte a tu hermano, ¿quién es? ¿Su madre? ¿O es ella a pesar de no haber oído la verdadera historia? ¿En cuánto de lo que oíste puedes confiar?

¿Cuánto sabes en realidad?

Dudas; no solo de tus herramientas, también de tu voluntad para continuar. Si te marcharas en ese momento, si ensillaras a Alusse y te alejaras sin voltear ni una vez, ¿te echarían tus padres por haber marcado el sino de su hijo mayor y no haber pagado tu cuota? ¿Te perdonarían algún día el haber acabado con la familia en vano? Si te fueras... Si no regresaras... Si te pusieras al resguardo de las brujas y huyeras a los brazos de piedra que ansían tu éxito, ¿te permitirían seguir existiendo?

¿A quién le fallarías más? ¿A tus padres, a los dioses o a ti?

Con tu único objetivo perdido y la palabra de una traidora como guía, ¿qué te queda?

Alusse desaparece de tu campo visual y no tardas en incorporarte para alcanzarla. Si alguien da con ella, puede descubrir la magia que la envuelve. Lejos de ti, el animal está en peligro. Corres. El viento te golpea el rostro y provoca que la capucha caiga hacia atrás. La aseguras sobre tu cabeza. Gritas el nombre de la yegua y te detienes al ver a alguien más.

Lo reconoces.

Él no te vio aún.

Tus labios tiemblan. Tus pies vacilan.

Camina hacia la puerta principal de la estancia y sube los escalones cubiertos de nieve. Lo sigues de lejos. Deja huellas; sus pisadas son tan reales como las tuyas. Empuja la puerta con su mano derecha y desaparece.

Vuelves a correr. Alcanzas a sostener la puerta antes de que se cierre del todo y lo ves mezclándose en un mar de rostros artificiales que giran, se saludan y se alejan en una danza que responde más a la coordinación visual que al sonido.

No hay identidades. Nadie sabe quién es quién. Los nombres se pierden con la vergüenza, los miedos y la inhibición.

Decides actuar antes de darle tiempo a que se ponga una máscara él también y desaparezca en el gentío.

Tu hermano debe saber que estás ahí.

Las puertas y ventanas cerradas han oscurecido el salón. La luz de las velas se mece rítmica y silenciosa, añadiendo una capa de profundidad al escenario que se despliega ante ti. Los cuerpos giran. Los vestidos flotan. Los brazos se extienden hacia el centro y hacia arriba, una y otra vez. Las sonrisas pintadas se curvan en lo que interpretas como una mueca de traición. Las máscaras guardan secretos.

Oyes al pasar que la celebración es en honor a la mujer de un duque y que un grupo de jóvenes ha llegado tras escuchar las historias. Tienen sus sospechas y han venido a cazar a la bruja. No dicen su nombre, pero no lo necesitas para comprender que el consejero del que hablan no es otro que Angür y que su hija perdida ha sido capturada tiempo después de la muerte de su madre.

—No será tan fácil como creen dar con Krästya —murmuras.

Crees que no te han oído —lo esperas—, por lo que te sorprende que uno de ellos gire la cabeza en tu dirección. Caminas hacia atrás con torpeza; el vestido que hallaste en un cuarto no se adapta bien a tu cuerpo. Te han mirado a causa del corte equivocado. Una mesa detiene tu retroceso, y cuando volteas a ver qué se ha interpuesto en tu camino, sucede: lo ves. Aquel que reparó en ti está a tu lado, buscando tu mirada. Esta vez, sin máscara.

—Has mencionado el nombre de Krästya —dice, y su voz es familiar, dulce, segura.

—No puedes haberme escuchado. —Pero lo hizo—. ¿Me reconoces? Vine a buscarte, estoy aquí por ti.

—Reconozco que has mencionado a Krästya y que en cada oportunidad es más difícil buscar adeptos que se

presten a creer en la historia de una joven secuestrada por una bruja.

—Nadie espera que la joven sea una bruja también.

Se gira hacia ti. Acerca su rostro al tuyo. Es ahora cuando ves la delicada capa de magia que lo cubre.

Tu hermano lleva una segunda máscara.

La deshaces sin pensarlo y sus ojos se revelan como nunca antes los viste: negros como la muerte y el poder de una bruja, con puntos rojos flotando en aquella perdición.

Pétalos de rosas.

—Háblame de Krästya —le pides.

—Deja que ella te cuente su historia. Los demás no podemos relatarla con su emoción.

—¿«Los demás»?

—Los cuerpos temporales.

Lo sabes, lo has perdido. Pero está ahí, de alguna manera. Real a tu tacto. Oliendo a ella. Usando los guantes que le diste antes de partir aunque fuera tu único par.

Sus ojos negros pierden intensidad. La magia se está agotando.

Tomas su mano y él no responde, como si no lo hubiera sentido.

—¿Podré salvarte si doy con ella?

Está confundido. Los pétalos dejan de caer en su mirada.

—¿Cómo podrías salvarme?

Gris claro.

La ilusión comienza a desvanecerse. Dejas de suplicar por unos segundos de compañía. Tu hermano no está dentro de su cuerpo.

—Guíame hacia ella.

Es un hilo en el aire. Sólido, denso, plateado. Nace al borde de las escaleras y se adentra en el bosque. Enroscas el extremo en tu dedo medio. El aroma te envuelve. Has aprendido a reconocerla de manera intuitiva. Su magia o su perfume, da igual lo que te guíe. Sabes que es Krästya.

Alusse no lleva prisa. El ritmo lento y pausado que se mantiene responde a la solemnidad del momento. ¿Has notado cómo tus manos tiemblan? No es el frío, no es el viento que golpea tu piel. Pierden consistencia con tal lentitud que temes seguir siendo sólida cuando todo acabe.

Te llaman. *Ellos* han abierto una puerta para que cruces cuando todo haya terminado.

Tu alma de ceniza está ansiosa por manifestarse.

El hilo tira y las guía a través del bosque, una vez más por el camino que recorrieron la noche anterior. El sol se oculta tras espesas nubes y te preguntas dónde estará la madre y cuánto tardarás en verla. Te preguntas, más bien, si la verás de nuevo.

Los barrotes de piedra continúan rotos. El perfume desciende hacia la cámara desde donde la mujer del consejero dirigía a Sailò. Dejas a la yegua a un costado, ni siquiera la atas.

Bajas. Te sostienes de la roca y dejas caer tus pies. El polvo se eleva ante el contacto de tus botas con el suelo. Las paredes, curvas y ásperas, están cubiertas de raíces diminutas trenzadas en una red. Es todo lo que hay allí: un piso sucio y paredes que ocultan insectos y arañas.

El hilo acaba en el centro de la celda y descartas que sea una trampa. Tiene un nudo en la punta que lo afirma a... nada. Al aire.

Respira. Más y más profundo. Que te sientan. Necesitas claridad para ver.

Tomas aire. El movimiento incesante de lava que se mece en tu interior disminuye. La quietud endurece, hace que a cada inspiración tomes menos aire. Cada inhalación es, a la vez, más profunda. La presión dentro de ti crece. Empuja. Lucha. Te duele el cuerpo.

El polvo se aleja al tiempo que exhalas. El extremo del hilo aparece unido a un cordón que nace en la pared que tienes frente a ti. Cuando te acercas, ves que es una raíz tan fina como un cabello. La sigues. Arrancas con tus dedos la hierba a tu alrededor, sin importar que minúsculas espinas te rasguen la piel. Una puerta se descubre, tiene el tamaño justo para que un niño pueda atravesarla sin encorvarse. Miras hacia arriba, a Alusse, y entras.

El pasillo es estrecho y la escalera desciende en la penumbra. Un giro a la izquierda te ubica justo debajo de la celda en la que estabas segundos atrás, en una habitación iluminada por una antorcha que no parece necesi-

tar del aire para mantenerse, y te detienes.

Una de las paredes exhibe una estantería. Sobre cada estante hay más de una decena de frascos. Pequeños, sin tapa ni identificación. Contienen un líquido ambarino en el cual flotan fragmentos de rosas. Extiendes la mano hacia uno y el último de aquella fila cae al suelo antes de que tus dedos rocen el cristal. La sustancia desparramada se evapora hacia ti, llevando un perfume que reconoces y te desengaña: no estabas destinada a salvarlo. Huele a las montañas del sur, al acero de su espada y a rosas. Está allí, no en el cuerpo que te dio el hilo, e imploras por poder retenerlo, por hacerlo parte de ti durante unos instantes. Te inclinas para tomar un trozo del recipiente, pero no alcanzas a hacerlo. Te detiene el segundo frasco que cae y se rompe, uno que te llena de un aroma desconocido. A ese le sigue un tercero, luego un cuarto, y así hasta que todos los frascos caen y se mezclan en una fragancia que te recuerda a mar, campo y montaña, que guarda las esencias de cada soldado que partió en la búsqueda de la última bruja y cayó por su olfato.

Las rosas, la única constancia. El perfume se potencia, se eleva y te envuelve. Tu piel se endurece para rechazarlo, tus poros se cierran. Los seres de piedra rugen dentro de ti para que resistas la locura y no te dejes llevar.

Respira, hazlo otra vez.

Los escenarios se precipitan uno tras otro frente a tus ojos. Son historias, las de cada frasco. Alcanzas a ver dos, tres, cuatro antes de gritar. Y ya no estás sola.

Con el bramido se desprende tu piel en nubes de ceniza que avanzan sobre la esencia. La expulsan del aire, la fijan a las paredes. La apresan.

Te miras las manos. Sin piel, sin el tacto suave de una humana, eres la manifestación de lo que han creado en ti: un cuerpo gris surcado de grietas por las que la lava arde y navega; esencia de piedra que ya no puede esconderse tras la identidad de una mujer. Eres magia.

Eres poder.

Golpeas el suelo con tus puños y gritas una vez más. *Duele*. Derribas la estantería con furia para descubrir qué esconde, pero solo ves la pared. Apoyas las palmas ardientes sobre ella. Avanzas. Sin prisa y con firmeza. El material cede ante tu empuje. Las imperfecciones raspan lo que debería ser tu carne.

La encuentras. Ella está ahí.

Krästya.

Está sentada, ahogada tras las flores de un rosal que la esconde. Sus ojos, tan negros como su piel, se fijan en ti.



—¿Cómo has sobrevivido al perfume?
Su voz llora las penas de quien no cree. Tus dedos rígidos rompen tallos y desarman nudos para liberarla.

Con la pena de haberlo perdido y la amenaza de perderte tras él, apenas sientes las espinas. Krästya acepta la mano que le tiendes y se incorpora.

—¿Ibas a matarme? ¿Todos ellos están muertos?

—Es la maldición —explica. Su voz continúa sin creer que estás ahí y el miedo logra atravesar la fina barrera de sus palabras—. Mi súplica enloquecerá hasta la muerte a quien ose rescatarme. Ella los usará para potenciar el hechizo. Yo robaré una uña por cada descuido para que más personas lleguen a mí. Y el ciclo continuará hasta que alguien sea capaz de vencerla. Como tú hiciste.

—No la vencí —confiesas—. La liberé por error.

Es joven, tal como esperabas. Su cabello hasta los hombros se mantiene liso a pesar de las ramillas que se enredaron en sus hebras. La bruja te mira con esperanza y admiración, segura de lo que eres. Ambas entienden sin que medie explicación alguna.

Comienzan el ascenso, una junto a la otra.

—¿Dónde está tu madre?

Cierra los ojos antes de responder, buscándola con su mente.

—Llorando por él.

—¿Tú lloraste anoche?

Se detiene y avanza detrás de ti.

—Por supuesto que lloré —susurra—. Lloré para el cielo y para la tierra del bosque. Lloré sangre por la muerte de mi padre. No sé qué historias te habrán contado, pero él encerró a su mujer cuando supimos que estaba usando mi poder. Desde que empezó a exprimirme, preparamos la trampa. Mi magia y su astucia se unieron para limitar el alcance de su ceguera.

«Sálvala».

—A lo que tú llamas ceguera, en mi tierra le dicen maldad.

—Lo de mi madre no era maldad, no te confundas.

—¿Qué era entonces?

Tarda en responder. Puedes sentir cómo busca las palabras justas para que tú entiendas no solo a su madre, sino a ella misma, a las brujas en general. Tú, la enviada por los dioses, destinada a acabarlas, comprendiendo la cara oculta del don que jamás pudiste explorar a gusto. Krästya, la última bruja verdadera, esforzándose para generar empatía en ti.

Sientes el inicio del vínculo y el perdón que desea fluir desde tu centro hacia ella. El cierre. El fin.

—Ella vio morir a sus hijos. Creyó que, si le daba magia a su pareja, ambos podrían tener hijos que sobrevivieran. Cuando nací, fui su bendición. Decidió usarme para desviar mi energía. Pero su plan era aún más egoísta que el de la primera bruja que robó la piedra y no supo verlo. Mi padre diseñó un mensaje cuando empezaron los síntomas. Le expliqué cómo hacerlo y al día siguiente ya estaba encerrada, con el drenaje de poder que podría salvarlo. —Su voz apagada raspa en tu interior. Así hablarías si te preguntara por el perfume de tu hermano—. Pero nunca lo haría. Los dos sabíamos que no iba a funcionar.

—¿Nadie intentó frenar a tu madre?

—No directamente. Antes de que mi padre la atrapara, antes de que ella me arrastrara bajo su celda, hizo promesas. Demasiadas. Convencía a brujas convertidas y a mujeres que ansiaban ser brujas para que la ayudaran. Hablaba con ellas a través de espejos de agua. Podía escucharla murmurar. Cualquiera que intentara detenerla, incluso antes de su captura, acababa mal.

—Lo siento —dices, y de verdad lo haces.

Lamentas que un poder tan puro como el que te inunda se haya corrompido y haya lastimado a tantos sin control. Lamentas que tu destino sea romper un ciclo que de otra forma podría florecer. Lamentas apreciar la belleza de aquella magia porque sabes que no existirá después de ti.

—¿Qué es lo siguiente? —pregunta.

—Encontraremos a tu madre primero.

—Si quieres hallarla débil, tendrás que actuar ahora. Ella esperará al anochecer. Siente un gran dolor ahora mismo.

Sales de la celda con ella detrás. El aire fresco del bosque las marea por su pureza. No hay aromas peligrosos en la superficie. No hay veneno de rosas.

—Debo encontrarla primero.

—No es necesario. —Krästya examina los árboles y se abraza a uno—. Aquí estás —le dice en un susurro.

Apoya las palmas sobre él y conjura. En segundos, adquiere su forma verdadera y se transforma en un rosal. Repite el proceso con otros dos.

—Esta es su esencia. Cuando la destruyas, cuando la quemes, romperás la maldición de los frascos. Acabarás con su magia, eso acabará con ella.

Vuelves a dudar. ¿Qué habría sido de este viaje si nunca hubieras dudado? Sin embargo, le crees, y también te preguntas qué habría sido de ti si nunca hubieras creído. Hija de dioses, en el último instante te sientes tan humana como la niña que fue llevada ante la piedra cuando apenas era capaz de respirar. Humana. Mortal.

Efímera.

Pero no etérea. No *aún*.

Te acercas al primero. No dudas de las palabras de la bruja; percibes allí mismo la magia contaminada, robada y modificada. Sabes que, en el momento en el que los enciendas, los rosales arderán y se llevarán en cenizas el recuerdo de la mujer.

Aferras un tallo. Las grietas de tu cuerpo se abren en surcos que guían la lava hacia tu mano. La ves conectarse con la planta. Krästya cae de rodillas al suelo.

El rosal comienza a arder. La opresión en el centro de tu pecho se endurece y sientes cómo el último grito de la bruja intenta hacer eco en ti. Sufre en su agonía y te arranca lágrimas ardientes en su dolor. Sigue, sigue. Las almas de piedra te protegen del lamento que busca desgarrarte desde lo profundo. Si te dejas llevar por aquel mal, ella te buscará por la noche. Si te dejas vencer ahora, él se habrá perdido en vano.

Él, más etéreo que tú. Tú, a punto de *encontrarlo*.

Enciendes el segundo rosal. Un alarido ataca tus oídos y te obligas a continuar con el tercero. La voz de Krästya llega en un susurro tembloroso tan oscuro que evitas mirarla.

—Se está yendo —dice. Asientes—. Pero yo sigo aquí.

Te acercas. Tu mano sobre su mejilla hace que imagines cómo sería un cuerpo a medio camino entre ambas. De aspecto tosco como el tuyo, negro como el de ella. Traspasaría los límites de la creación al unir lo puro con lo impuro, lo legítimo con lo apropiado. Y sería hermoso, con la belleza de la magia expresándose en cada resquicio.

—La maldición del cuarto se está yendo, pero sigo maldita. Si regreso, estaré condenando al pueblo.

No te mueves.

—Anoche, cuando lloré por mi padre, pude sentir que algo me hacía retroceder. Mi poder, fuera de mi control y dominado por ella, obedecía a una fuerza nueva que solo podía pertenecer a *ellos*. Supe que estabas cerca. Te esperé. Me pregunté si llegaría a pedirte clemencia o si aceptaría lo que quisieras hacer conmigo. Pero estaba llorando por mi padre, y el resto no importaba.

—Pero sí importó.

—Unas horas, sí. —Se detiene, parece dudar. En sus ojos se reflejan las llamas tras un velo de determinación. Te preparas, nunca lo suficiente—. Hazme arder entre la pira. Deja que conmigo se vaya el último rastro de la vergüenza. Dicen que las almas de ceniza mandarán a alguien a recuperar la piedra robada y ese día acabarán los tormentos. Y aquí estás.

—No me despedí aún —dices.

—¿Te pertenece? —Señala a Alusse. Asientes con un movimiento rápido de cabeza—. Hazlo entonces. Despídete o regresa.

La yegua se acerca a ti, como si comprendiera, y tus manos se enfrían al momento de tocarla. No es un animal como otros. Se aleja al galope luego de oírte y se pierde tras los árboles. Va camino a casa.

Krästya está esperándote en el centro del triángulo formado por los rosales ardientes, con una flor en su mano derecha. Tocas sus mejillas de nuevo. Nunca antes pudiste pensar en la magia sin poner en evidencia tus capacidades, por lo que es la primera vez que te permites apreciar la belleza en el poder que mitiga el daño de tus manos con su roce, que te mira a través de los ojos negros de una bruja y que fluye hacia ti atraído por su origen ancestral.

—¿Cuál es tu nombre?

—Nantia.

—Gracias por aceptar tu destino, Nantia. No todos lo hacen.

—Tú lo estás haciendo.

Las grietas se abren una vez más. Los sientes allí, esperando el momento para llevarte, y sabes que los seres de piedra también agradecen que cumplas. Agradecen que entiendas. Que te sacrifiques.

En lugar de encenderse, ves cómo su piel se pone rígida y se aclara hasta un gris opaco. Ya no puede moverse. Su cuerpo se acoraza a medida que el tuyo comienza a disiparse ante la presencia invisible de quienes tejieron este ocaso. Jamás huyeron al sur. Jamás se fueron.

Ella se vuelve roca antes de que desaparezcas por completo. Los rosales se mezclan con el fuego, una rama de cada uno se extiende hacia la bruja, rodeando su cuerpo y convirtiéndose también, dejando para el futuro la imagen de la joven envuelta en tallos y aferrada a una flor. Su cuerpo permanente será recordado y venerado por la magia contenida, atrapada tras la piedra de los dioses. Sin embargo, ella no está. Lo hiciste, pero ya no está. Te disculparías si pudieras hablar, lamentas haber sido tú. Sientes haber vivido si esta era la razón. Atesoras ese último instante de paz en el que sus ojos aún pueden verte, en el que sus ojos te perdonan, y te vuelves ceniza con la mirada fija en las lágrimas de Krästya, inmortal tras las espinas de piedra.



EL LAMENTO DE LAS ESTRELLAS



Nessa Simmons